

I. LOS ÓRDENES DEL AMOR EN NUESTRAS RELACIONES

*El amor llena lo que el orden abarca.
El uno es el agua, el otro el jarro.*

*El orden recoge,
el amor fluye.
Orden y amor se entrelazan en su actuar.*

*Como una melodía, al sonar, se guía por las armonías,
así, el amor se guía por el orden.
Y como el oído difícilmente se habitúa a las disonancias,
por mucho que se expliquen,
así, nuestra alma difícilmente se hace
a un amor sin orden.*

*Algunos tratan a este orden
como si no fuera más que una opinión,
que pudieran tener o variar a gusto.*

*En realidad, empero, nos viene dado:
actúa aunque no lo entendamos.
No se idea, se encuentra.
Lo conocemos, igual que el sentido y el alma,
por su efecto.*

Desde el momento en que entramos en esta vida, pertenecemos a un determinado sistema de relaciones que, con el tiempo, va ampliándose en círculos concéntricos. Siguiendo el orden temporal, éstos son los grupos y relaciones importantes para nuestra supervivencia y nuestro desarrollo, de los que formamos parte a lo largo de nuestra vida, sea forzosamente, sea por libre elección:

- la familia de origen, es decir, nuestros padres y hermanos,
- la red familiar, formada por todos los demás parientes,
- las relaciones libremente elegidas, por ejemplo las relaciones de amistad,
- la relación de pareja,
- las relaciones con nuestros propios hijos,
- la relación con el mundo como Todo.

Los Órdenes del Amor, es decir las condiciones a tener en cuenta para conseguir que el amor en todas nuestras relaciones crezca y prospere sin impedimentos, en lo esencial están predeterminados y sólo se nos revelan por los efectos de nuestros actos.

Relaciones del mismo tipo, por tanto, siguen a un mismo orden y un mismo patrón, relaciones de diferentes tipos siguen a órdenes diferentes. Así, los Órdenes del Amor son distintos para la relación del hijo con sus padres, y distintos para las relaciones en el seno de la red familiar. Son diferentes para la relación de pareja entre hombre y mujer, y diferentes para las relaciones de la pareja, como padres, con sus hijos. Finalmente, aún existen otros órdenes para nuestra relación con el Todo que constituye el fundamento de nuestra existencia, es decir aquello que experimentamos como espiritual o religioso.

En todos nuestros sistemas relacionales existe, además, una compleja interacción de necesidades fundamentales.

Entre éstas cuentan:

- la necesidad de vinculación,
- la necesidad de mantener un equilibrio entre dar y tomar,
- la necesidad de encontrar seguridad en conveniencias sociales que hacen previsible nuestras relaciones.

Experimentamos estas tres necesidades con la vehemencia de reacciones instintivas, percibiendo en ellas fuerzas que favorecen y exigen, impulsan y dirigen, dan felicidad y ponen límites; y, tanto si lo queremos como si no, nos vemos expuestos a su poder que nos obliga a fines que van más allá de nuestros deseos y de nuestro querer consciente. En ellas se refleja y se cumple la necesidad fundamental de todo ser humano de relacionarse íntimamente con sus congéneres.

De manera sensible percibimos estas fuerzas que velan por nuestras relaciones en los sentimientos de culpa o inocencia respecto a otros, es decir, a través de la conciencia.

En los siguientes capítulos se tratarán extensamente las tres necesidades fundamentales a cumplir para conseguir unas relaciones logradas, es decir la vinculación, el equilibrio entre dar y tomar, y el orden, así como el concepto de *conciencia*, fundamentalmente diferente de lo que comúnmente se entiende como tal.

1. LA VINCULACIÓN

Así como un árbol no elige el lugar en el que crece, y así como se desarrolla de manera diferente en un campo abierto o en un bosque, y en un valle protegido de otra manera que en una cima expuesta a la intemperie, así un niño se integra en el grupo de origen sin cuestionarlo, adheriéndose a él con una fuerza y una consecuencia únicamente comparables a una fijación.

El niño vive esta vinculación como amor y como felicidad, independientemente de si en este grupo podrá desarrollarse favorablemente o no, y sin tener en cuenta quiénes y cómo son sus padres.

El niño sabe que pertenece ahí y este saber y este vínculo son amor, un amor que yo llamo primitivo o primario. Esta vinculación es tan profunda que el niño incluso está dispuesto a sacrificar su vida y su felicidad por el bien del vínculo.

2. EL EQUILIBRIO ENTRE DAR Y TOMAR

»... Y una cabeza prudente sopesa ganancias y pérdidas en la paz del hogar»
(De *Pan y Vino* de Friedrich Hölderlin)

En todos los sistemas vivos existe una continua compensación de tendencias antagónicas. Es similar a una ley natural. Es decir, la compensación entre tomar y dar no es más que una aplicación a sistemas sociales.

La necesidad de un equilibrio entre dar y tomar hace posible el intercambio en los sistemas humanos. Esta interacción se inicia y se mantiene por el hecho de tomar y de dar, regulándose por la necesidad de todos los miembros de un sistema de llegar a un equilibrio justo. En cuanto éste se consigue, una relación puede darse por acabada. Esto ocurre, por ejemplo, si se devuelve exactamente lo mismo que se recibió. Pero también puede reanudarse y continuar la relación, dando y tomando de nuevo.

El proceso es el siguiente: el hombre, por ejemplo, le da a la mujer y, en consecuencia, ella se siente presionada por haber tomado. Es decir, habiendo recibido algo del otro, por muy bello que sea, perdemos algo de nuestra independencia. En seguida surge la necesidad de compensación, y para deshacerse de la presión, la mujer le devuelve algo al hombre. Por precaución aún le da un poco más, con lo cual se crea de nuevo un desequilibrio y así el proceso sigue. Ni el que da ni el que toma están tranquilos hasta que no lleguen a un equilibrio, hasta que el primero no tome también y el segundo también dé.

Un ejemplo:

En África, un misionero fue trasladado a otra región. La mañana de la partida llegó un hombre que había caminado varias horas para despedirse de él y regalarle una pequeña cantidad de dinero. El valor del regalo equivalía a unos treinta peniques.

El misionero se dio cuenta de que el hombre quería darle las gracias, ya que lo había visitado varias veces en su poblado cuando había estado enfermo. También sabía que esos treinta peniques eran una gran cantidad de dinero para él. Por un momento se vio tentado de devolvérselos e incluso regalarle algo más. Pero después se lo pensó, cogió el dinero y le dio las gracias.

A. LA FELICIDAD SE RIGE POR LA CUANTÍA DE DAR Y TOMAR

La felicidad en una relación depende de la medida en que se toma y se da. Un movimiento reducido sólo trae ganancias reducidas. Cuanto más extenso sea el intercambio, tanto más profunda será la felicidad. Sin embargo, existe una gran desventaja: la vinculación resulta aún más fuerte. El que quiera libertad, tan sólo puede dar y tomar muy

poco y tan sólo puede permitir un intercambio muy reducido entre ambas partes.

Es como al andar. Nos paramos si aguantamos el equilibrio, y seguimos avanzando si una y otra vez lo perdemos para después volver a recuperarlo.

Un gran movimiento entre tomar y dar viene acompañado de una sensación de alegría y plenitud. Esta felicidad no cae del cielo, se hace. Si el intercambio se realiza a un nivel elevado y es equilibrado, tenemos una sensación de ligereza, de justicia y de paz. De las muchas posibilidades de experimentar la inocencia, ésta es la más liberadora y bella.

B. CUANDO EXISTE UN DESNIVEL ENTRE TOMAR Y DAR

Dar sin tomar

Tener derecho a algo es una sensación agradable, y por ser una sensación tan agradable, a algunos les gusta conservarla. Prefieren conservar la reivindicación, en vez de permitir que otros les den algo, como siguiendo el lema: «Vale más que tú te sientas obligado que no yo.» Frecuentemente ocurre con la mejor de las intenciones, y esta actitud goza de gran respeto. Muchos idealistas mantienen esta postura, conocida como el ideal de los que se dedican a ayudar a los demás. También es un fenómeno frecuente entre psicoterapeutas. Éstos, por ejemplo, no están dispuestos a alegrarse en las psicoterapias, como pequeña recompensa por el esfuerzo que realizan. En consecuencia, el proceso se hace penoso y ya no está equilibrado. Pero si alguien da sin tomar, al cabo de un tiempo, los demás tampoco no quieren aceptar nada de él. Es decir, se trata de una actitud hostil para cualquier relación, ya que aquél que únicamente pretende dar, se aferra a su superioridad y, de esta manera, niega la igualdad a los demás. Es de suma importancia para cualquier relación que no se dé más de lo que se esté dispuesto a tomar y que el otro sea capaz de devolver. De esta manera, inmediatamente se establece una medida para saber hasta dónde se puede ir.

Si, por ejemplo, una mujer rica se casa con un hombre pobre, en muchos casos no funciona, porque siempre es ella la que da, y el hombre no tiene la posibilidad de devolverle nada. En consecuencia, se irrita. Siempre se irrita aquél que no tiene la posibilidad de conseguir una compensación. Si una mujer le paga los estudios a su marido, éste, al

finalizar su carrera, la dejará. Ya no tiene ninguna posibilidad de llegar a un nivel de igualdad, a no ser que le devuelva todo, hasta el último céntimo. Entonces queda de nuevo libre y la relación puede seguir. Si un hombre que ya ha vivido su vida se casa con una mujer que aún la tiene por delante, esta relación está destinada a fracasar. La mujer se vengará del hombre. El hombre sabe que ella tiene el derecho de hacerlo y, por lo tanto, tampoco intervendrá. Naturalmente, lo mismo es válido a la inversa.

▪ Negarse a tomar

Algunos pretenden conservar su inocencia negándose a tomar. En un caso así, no están obligados a nada y muchas veces se consideran especiales o mejores. Sus vidas, sin embargo, sólo funcionan al mínimo y, en consecuencia, se sienten vacíos y descontentos. Esta actitud se encuentra en muchas personas depresivas que se limitan en su disfrute de la vida. En primer lugar, se niegan a tomar a sus padres, y más adelante, esta actitud se traspasa a otras relaciones y a las cosas buenas de este mundo. Por esta razón, muchos vegetarianos son depresivos, y muchos de los que se apartan voluntariamente de nuestra sociedad tampoco aceptan nada, para no tener que dar.

Pequeños defectos

También existe un desnivel respecto al equilibrio si uno de los cónyuges tiene un «defecto» al momento de contraer el matrimonio. Para una mujer, por ejemplo, que aporta un hijo natural al matrimonio, lo mejor sería casarse con alguien que también tenga un «defecto». Entonces podrán ser felices. De lo contrario, ella se enfadará con él, porque nunca podrá llegar a un nivel de igualdad.

Por lo tanto, «mire quien votos perdurables hace, si con su corazón cuadra el que elige» (de «La Canción de la Campana» de Friedrich Schiller).

C. SI NO ES POSIBLE LLEGAR A UN EQUILIBRIO

Entre padres e hijos

El equilibrio entre tomar y dar, hasta ahora descrito, sólo es posible entre personas que se mueven a un mismo nivel, es decir, de igual a

igual. Es diferente entre padres e hijos. Los hijos nunca pueden devolverles a sus padres nada equivalente. Quisieran hacerlo, pero no les es posible. Existe un desnivel insuperable entre tomar y dar. Si bien los padres también reciben de sus hijos, y los maestros de sus alumnos, el desequilibrio, sin embargo, no se compensa, sólo se atenúa. Respecto a sus padres los hijos siempre quedan en deuda, y por esta misma razón tampoco consiguen desligarse de ellos. De esta manera, la vinculación de los hijos con sus padres se fortalece y consolida aún más, precisamente por ser irrealizable la necesidad de llegar a un equilibrio. Otro efecto consiste en que, más tarde, los hijos sienten el impulso de salir de la obligación, impulso que les ayuda en el momento de separarse de los padres. El que no tiene la posibilidad de compensar un desequilibrio, tiende a alejarse.

La solución es que los hijos pasen a otros lo que ellos mismos recibieron de sus padres, en primer lugar a sus propios hijos, es decir, a la generación siguiente, o, si no, en un compromiso con otras personas. El que se da cuenta de esta salida, pasando lo recibido a otros, es capaz de tomar mucho de sus padres.

Lo que es válido entre padres e hijos, y entre maestros y alumnos, también es válido en otros ámbitos. Dondequiera que (ya) no sea posible o apropiado llegar a un equilibrio, devolviendo o intercambiando, aún tenemos la posibilidad de deshacernos de la obligación y de la deuda, si de aquello que recibimos pasamos algo a otros. De esta manera, todos, tanto si dan como si toman, se someten a un mismo orden y a una misma ley.

Börries von Münchhausen lo describe en un poema:

LA BOLA DE ORO

*Por mucho amor que del padre recibiera,
no se lo pagué, ya que de niño
no reconocía el valor del don,
y de hombre, me hice igual que los hombres, y duro.*

*Ahora, un hijo me crece, tan bienamado
como ninguno que fuera la delicia de un corazón de padre,
y yo pago lo que en su tiempo recibí
con él, que no me lo dio — ni me devuelve.*

*Pues al hacerse hombre y pensar como los hombres,
él, al igual que yo, hará sus propios caminos;
nostálgico, pero sin envidia, lo veré,
dando al nieto aquello que a mí me corresponde.*

*Lejos en la sala de los tiempos mi mirada va,
contenida y serena, observando el juego de la vida:
la bola de oro cada cual, sonriente, pasa
— y ninguno la bola de oro devolvió.*

Agradecimiento como recompensa

Una última posibilidad de llegar al equilibrio entre tomar y dar es el agradecimiento. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que el decir «gracias» muchas veces sustituye el agradecimiento. El «gracias» es la manera barata de expresar un agradecimiento. Dar las gracias significa: *lo tomo con alegría y lo tomo con amor*, lo cual expresa un profundo reconocimiento del otro. Muchas veces, si yo hago un regalo a una persona, el otro lo desenvuelve y los ojos le brillan, a mí me basta. Un «gracias» ya apenas añade nada. Al dar las gracias, no rehúyo el dar; aun así, ésta es, a veces, la única respuesta adecuada para quien recibe, por ejemplo, una persona disminuida, un enfermo, un niño pequeño y, a veces, también un enamorado.

Aquí, junto a la necesidad de compensación, entra en juego también ese amor elemental que atrae y une a los miembros de un sistema social. Es el amor que acompaña el tomar y el dar, y les precede. El que da las gracias reconoce: «Tú me das, independientemente de que yo, en algún momento, pueda devolvértelo, y yo lo tomo de ti como un regalo». El que acepta el agradecimiento dice: «Tu amor y el reconocimiento de mi don para mí significan más que todo lo que aún puedas hacer por mí». Al dar las gracias, por lo tanto, no sólo nos afirmamos mutuamente con aquello que nos damos, sino también con aquello que significamos el uno para el otro.

Una pequeña historia para ilustrar esta idea:

DIGNO DE DIOS

Un hombre se sentía muy agradecido y en deuda con Dios, por haber sido salvado de un peligro mortal. Preguntó a un amigo qué podía

hacer para que su agradecimiento fuera realmente digno de Dios. Aquél, sin embargo, le contó una historia:

Un hombre quería a una mujer de todo corazón y le pidió que se casara con él. Pero ella tenía otras intenciones. Un día, al querer cruzar la calle juntos, por poco un coche hubiera atropellado a la mujer, de no ser por su acompañante que la detuvo con un movimiento rápido. En ese momento, ella se dirigió a él y le dijo:

—Ahora me casaré contigo.

—¿Qué te parece? —preguntó el amigo—. ¿Cómo se sentiría ese hombre entonces?

El otro, en vez de responder, tan sólo hizo una mueca de indignación.

—Ves —dijo el amigo—, quizás a Dios le pase lo mismo contigo.

Cuando ya no es posible la reparación

La deuda y el daño adquieren una importancia fatal, en el momento en que una persona sufre tal daño en su cuerpo, vida o propiedad, que ya no sea posible la compensación. En un caso así, ninguna expiación, ni ningún otro hecho pueden restablecer el equilibrio. Tanto al autor como a la víctima sólo les quedan la impotencia y la sumisión, cualquiera que sea el destino de cada uno de ellos.

D. LA RECOMPENSA NEGATIVA

Repito: la culpa como obligación, y la inocencia como reivindicación y descarga están al servicio del intercambio, y mantienen nuestras relaciones en marcha. Es una culpa buena y es una inocencia buena, por las que nos beneficiamos mutuamente y nos unimos en el bien. Sin embargo, la necesidad de un equilibrio y de una justicia compensadora no tan sólo actúa en un sentido positivo, sino también en un sentido negativo. Es decir, si alguien en el sistema atenta contra mí, sin que yo pueda defenderme, o si reclama para sí mismo algo que me perjudica o tiene que hacerme daño, yo siento la necesidad de llegar a una compensación. Ambos, el autor y la víctima, se ven sometidos a esta necesidad. La víctima tiene el derecho de reivindicar la compensación, y el autor se sabe obligado a ella. Pero esta vez la compensación actúa en perjuicio mutuo, ya que, después de cometerse la injusticia,

también el inocente trama el mal. Pretende perjudicar al culpable tal como éste lo perjudicó, y quiere causarle un daño equivalente al suyo, o incluso algo mayor. Esta actitud también une de una manera muy estrecha, aunque sea en la desdicha.

Sólo cuando los dos, el culpable y su víctima, hayan estado igualmente enfadados, y hayan sufrido y perdido en la misma medida, se encuentran de nuevo a un mismo nivel. Entonces tienen otra vez la posibilidad de llegar a la paz y a la reconciliación.

Un ejemplo:

Un hombre le contó a un amigo que su mujer, desde hacía veinte años, aún no le había perdonado que él, pocos días después de la boda, se hubiese marchado de vacaciones con sus padres porque éstos decían que lo necesitaban para llevar el coche, dejando sola a su mujer durante seis semanas. Por mucho que había intentado persuadirla, disculparse y pedirle perdón, no le había servido de nada. El amigo le contestó:

—Lo mejor sería lo siguiente: deja que desee o haga algo para ella misma que a ti te cueste no menos que a ella en aquel entonces.

El hombre comprendió en seguida y se puso radiante. Ahora tenía la llave que realmente cerraba.

De lo negativo, más vale devolver algo menos

También aquí es válido: si alguien comete una injusticia conmigo y yo le devuelvo exactamente lo mismo, la relación se termina. Si le devuelvo un poco menos, no sólo se cumple con la justicia, sino también con el amor. A veces es preciso enfadarse con alguien para salvar la relación. Se trata, sin embargo, de un enfado con amor, porque se tiene en cuenta la importancia de la relación. El que se enfada con odio sobrepasa los límites, dándole al otro el derecho de acrecentar su enfado. En el caso de la recompensa negativa, sentimos la inocencia como un derecho a la venganza, y la culpa como el miedo a la venganza.

Repito: para que las relaciones puedan seguir adelante, vale el siguiente principio simple y claro: De lo positivo, por prudencia, se devuelve un poco más, de lo negativo, por prudencia, un poco menos. De esta manera se cumplen tanto las exigencias del amor como de la justicia, y el intercambio positivo puede reanudarse y continuar.

Ahora bien, si los padres cometen una injusticia con sus hijos, éstos no pueden buscar el equilibrio causándoles otro daño a sus padres. El hijo no tiene el derecho, hagan lo que hagan los padres. En este caso, el desnivel que existe entre unos y otros es demasiado grande.

Exigir la reparación

El culpable nos parece tanto más culpable, y sus actos tanto más graves, cuanto más indefensa e impotente sea su víctima. Pero la víctima, una vez cometida la injusticia, raras veces se queda indefensa. Podría actuar y exigir del autor justicia y reparación, que pondrían término a la culpa y harían posible un nuevo comienzo. Muchas veces, sin embargo, se cultivan la reivindicación y el derecho de estar resentido con el otro.

Pero si la víctima misma no actúa, otros intentan hacerlo por ella, con la diferencia, sin embargo, de que en este caso tanto el daño como la injusticia, que otros cometen en su nombre y en su lugar con terceros, acaban siendo mucho más graves que si ella misma se hubiera encargado de defender su derecho y de vengarse. Donde los inocentes prefieren sufrir en vez de actuar, pronto hay más víctimas y malos que antes. Es ilusoria la idea de que podríamos evitar el vernos afectados, o esquivar la culpa, aferrándonos a la inocencia y su impotencia en vez de enfrentarnos con la culpa y sus consecuencias, de manera que ésta pueda llegar hasta el final y desarrollar también su fuerza positiva.

E. EL PERDÓN MALO Y EL PERDÓN BUENO

Un efecto similar al de mantener la impotencia es el del perdón apresurado, que sustituye un enfrentamiento necesario y que, en vez de solucionar el conflicto, lo tapa y lo transfiere. El mismo efecto tiene también el perdón arrogante, es decir, si alguien, alegando una superioridad moral, le perdona la culpa al culpable, como si tuviera el derecho de hacerlo. Si, por ejemplo, una persona comete una injusticia con otra y ésta le perdona, el pecador tiene que marcharse. Si no, a partir de ese momento sería tan insignificante que ya no podría encontrarse a un mismo nivel con el otro. Si se pretende llegar a una reconciliación auténtica, el inocente no sólo tiene el derecho a la reparación y la expiación, sino incluso tiene la obligación de exigir las. De lo contrario, él mismo se hace culpa-

ble con el culpable. Y el culpable no sólo tiene la obligación de aceptar las consecuencias de sus actos, sino también tiene el derecho de hacerlo.

Un ejemplo:

Un hombre y una mujer, los dos ya casados, se enamoran. Cuando, poco después, la mujer queda embarazada, se divorcian de sus respectivas parejas anteriores y contraen un nuevo matrimonio. La mujer no había tenido hijos antes. El hombre, sin embargo, tenía una hija pequeña de su primer matrimonio, que dejó con la madre. Ambos se sentían culpables ante la primera mujer del hombre y ante su hija, y su gran anhelo era que la mujer les perdonara. En realidad ésta estaba resentida con ellos, ya que ella y su hija pagaban el precio en beneficio de ellos dos.

Una vez, al hablar de su gran deseo con un amigo, éste les dijo que, por un momento, se imaginaran cómo se sentirían si aquella mujer realmente les perdonara. En ese instante se dieron cuenta de que, hasta entonces, aún habían rehuido las consecuencias de su culpa, y que su deseo de alcanzar el perdón contradecía con la dignidad y los deseos de todos. Decidieron reconocer ante la primera mujer y ante su hija que, por el bien de su nueva felicidad, les habían exigido lo máximo, y que se enfrentarían a sus reclamaciones. Sin embargo, también se mantenían firmes en su elección.

También existe el perdón bueno que respeta la dignidad del culpable, conservando, al mismo tiempo, la de la víctima. Significa que el inocente, al exigir una recompensa, no debe ir hasta el último extremo, y que también debe aceptar la reparación y la expiación del culpable. Sin este perdón bueno no hay reconciliación posible.

También a este respecto, un ejemplo:

Una mujer había dejado a su marido por un amante, y se llegó al divorcio. Después de muchos años, la mujer se arrepintió. Se daba cuenta de lo mucho que aún quería a su marido, y hubiera deseado ser su mujer otra vez, más aún porque el hombre, desde entonces, seguía solo. Como ella se sentía culpable, no se atrevía a pedírselo. Cuando finalmente habló con él, el hombre no quería pronunciarse, ni a favor ni en contra. Sin embargo, acordaron consultar el asunto con un tercero.

Éste preguntó primero al marido qué quería conseguir en la sesión. El hombre tan sólo sonrió de manera enigmática y dijo: — Una revelación.

Entonces preguntó a la mujer qué podía ofrecerle al marido para que sintiera ganas de volver con ella. Ella lo había imaginado todo demasiado fácil, y lo que ofrecía aún no significaba ningún compromiso. No era de extrañar que el marido no se impresionara en absoluto.

El tercero le señaló a la mujer que, sobre todo, tenía que reconocer que en aquel entonces ella había herido a su marido. Y él tenía que ver que ella estaba dispuesta a reparar la injusticia cometida con él. La mujer se quedó unos instantes pensativa, después miró a los ojos a su marido y le dijo:

—Siento mucho lo que te hice. Quisiera ser tu mujer otra vez, y te querré y te cuidaré de manera que puedas estar contento y fiarte de mí.

Pero el hombre seguía sin moverse. Entonces el otro le dijo:

—Debe haberte dolido mucho en aquel entonces, y no quieres pasarlo una segunda vez.

En ese momento, sus ojos empezaron a humedecerse, y el otro siguió: —Alguien como tú, que tuvo que sobrellevar tanto dolor, muchas veces se siente moralmente superior al otro y reclama el derecho de rechazarlo como si no lo necesitara.

Y añadió: —Contra tal inocencia el culpable se ve impotente.

En ese momento, el hombre se estremeció, y sonrió como si lo hubieran pillado. Se volvió hacia su mujer y la miró a los ojos.

—Son cincuenta marcos —dijo el tercero, porque era psicoterapeuta— y ahora marchaos; y no quiero saber cómo acaba.

Pero acabó mal. Un año más tarde, me llamó ella para decirme que tenía cáncer y preguntarme si podía venir para una sesión. Finalmente vinieron los dos. Pregunté a la mujer si tenía idea de qué había desencadenado su enfermedad. Cuando respondió que ella siempre había funcionado como una máquina, le dije:

—No, eso no es. ¿Algo más?

Ella se quedó pensando y dijo:

—Sí. Me quedé embarazada de mi marido. Él quiso que abortara, y yo lo hice. Entonces dije:

—¡Esto es! Tendrías que haberlo abandonado en ese momento.

Ahora la situación estaba invertida. Ahora ella era la inocente y él el culpable. Él le había pedido algo que sobrepasaba sus fuerzas, y ella

lo había aceptado para no poner en peligro la relación. Se lo expliqué a los dos y le dije a ella: —Ahora tienes que separarte de tu marido, reconocer tu culpa y tu dolor y, en memoria del niño, hacer algo bueno.

Ella me preguntó: —¿No podemos hacerlo juntos?

Yo dije: —Sí.

Pero él no se movía ni mostraba la menor emoción. Después se fueron. Más adelante, ella se inscribió en uno de mis cursos. Cuatro semanas antes del curso me llamó su hijo para decirme que había muerto. Éste fue el final.

F. SUFRIMIENTO PREVENTIVO EN SEPARACIONES

Por miedo a reproches y por miedo de hacerle daño al otro, algunos, antes de separarse, se obligan a sufrir durante mucho tiempo, tanto que quede compensado el dolor del otro, como si después tuvieran más derecho a dar el paso. Por esta razón, los procesos de divorcio tardan tanto. En la mayoría de los casos la persona tan sólo necesita un ámbito nuevo y más extenso, quizá su alma necesite más espacio para crecer, y se siente cogida y prisionera por no poder emprenderlo sin perjudicar o hacer daño a otro.

Cuando por fin se separan, no sólo aquella persona tiene la posibilidad y el riesgo de un nuevo comienzo, sino, sin esperarlo, también al otro se le abren nuevas posibilidades. Si el otro, sin embargo, se cierra y permanece en su dolor, le hace más difícil al primero emprender su nuevo camino. En cambio, aprovechando su nueva posibilidad, también le da al primero libertad y descarga. De todas las maneras de perdonar a otros, ésta es para mí la más bella. Reconcilia, aun si la separación sigue en pie.

G. RENUNCIA A LA FELICIDAD COMO INTENTO DE RECOMPENSA

Lo que es correcto e importante en relaciones para que éstas sean logradas, a veces, de manera ilícita, se traspa a otros contextos en los que se convierte en un absurdo, por ejemplo, a Dios y al Destino. Si una persona saca provecho de una situación, mientras otro, en el mismo contexto, sufre una pérdida, estos dos hechos se relacionan en el alma, desarrollándose así la necesidad de llegar a una compensación,

como si lo primero existiera a costa de lo segundo. En un caso así ocurren cosas muy graves.

Si, por ejemplo, un padre vuelve ileso de la guerra o del cautiverio, donde otros perecieron, de repente, una hija tiene la idea de pagar por que el padre volvió, o el padre mismo ya no se ve con el derecho de tomar mucho de la vida. O el caso de alguien que es salvado de un peligro mortal y, a continuación, comienza a pagarlo con un síntoma o empieza a limitarse.

Si en una familia hay un hijo disminuido, los otros hermanos sanos muchas veces no se atreven a tomar su salud y su felicidad, ya que desarrollan la fantasía de que ellos tienen lo positivo en su vida a costa del hijo enfermo. Intentan compensarlo mostrándose también ellos enfermos (por ejemplo depresivos) o limitándose en sus posibilidades de algún otro modo. Esta dinámica es como una descarga interior.

Nos encontramos indefensos y sin recursos ante tal culpa o inocencia que el Destino depara. Si fuéramos culpables o mereciéramos una recompensa por nuestros actos libremente elegidos, tendríamos poder e influencia. En situaciones como las arriba mencionadas, sin embargo, tenemos que reconocer que estamos sometidos a fuerzas que se sustraen a todo control, que deciden si vivimos o morimos, nos salvamos o perecemos, prosperamos o decaemos — independientemente de nuestros actos buenos o malos.

Librarse de la presión por una compensación ciega exige que se pase a un metanivel, buscando una solución totalmente diferente. El Destino nos toma en sus brazos, nos lleva o nos deja caer de acuerdo con unas leyes cuyos secretos no podemos ni debemos desentrañar. La posición de querer compensar algo, por tanto, es arrogante en este contexto, ya que la persona pretende pagar algo que se le da como regalo. La solución consiste en tomar la vida, la felicidad, la salud como un regalo, sin pagar por ello. Esta es una posición humilde.

Una pequeña historia sobre este punto:

LA RECOMPENSA DOBLE

Una mujer tenía un buen marido, y para Navidades éste le regaló un precioso collar de oro. Ella lo desenvolvió y exclamó:

—¡Qué collar más preciosos!

Después preguntó:

—¿Cuánto costó?

El dijo:

—Cinco mil marcos

—¿Y dónde lo compraste?

—En la joyería Bernhard.

Después de las fiestas, ella fue al joyero Bernhard y le pagó otros cinco mil marcos. (Pausa) Casos así hay — en relación al Destino.

Es decir, se crean confusiones si algo válido se aplica más allá del ámbito en el que tiene sentido. Algo similar ocurre también en el caso de una persona que carga con una culpa ajena y la paga.

Un ejemplo:

En una pareja, la mujer se queda embarazada antes de estar casados, por lo que se ven obligados a casarse. Estos padres no son felices en su matrimonio. Ahora el hijo carga con la culpa, dispuesto a sufrir como recompensa y para pagar la desdicha de los padres «causada» por él.

El tomar y el dar las gracias, el tomarlo como un regalo, sin pagarlo, es la solución y una realización muy especial. Este agradecimiento es una actitud interior. No está dirigido a nada ni a nadie. Una imagen que utilizo para describirlo es ésta:

Alguien se mete en un río y éste le lleva a la otra orilla. Ahí sale de nuevo del agua y hace una reverencia ante el río. Al río, sin embargo, le da igual. Eso es dar las gracias.

Un ejemplo:

Un grupo de amigos tuvo que marchar a la guerra juntos; vivieron peligros indecibles, y dos de ellos volvieron ilesos. Pero uno se había vuelto muy callado: la vivencia más importante para él había sido la salvación. A partir de ese momento, toda su vida posterior le parecía un regalo. El otro, sin embargo, muchas veces se encontraba con los amigos, presumiendo de sus proezas y de los peligros de los que se había salvado. Era como si hubiera vivido todo aquello en vano.

Petra: Conozco a un hombre, a quien, de niño, su hermano lo sacó de la nieve y le salvó la vida. Más adelante, ese hermano mayor fue ase-

sinado por los nazis. A partir de ahí, el hermano menor siempre tenía la sensación de no poder ni deber vivir.

Bert Hellinger: Eso sólo tiene que ver con la muerte trágica del otro. En un caso así, hay una frase importante: «Tú estás muerto. Yo aún vivo un poco, después moriré también.» Sería posible que además dijera: «Me inclino con respeto ante tu destino, y siempre seguirás siendo mi hermano.»

**Expiación como recompensa ciega:
si una madre muere al nacer un hijo**

La expiación también constituye un intento de recompensa, intento ciego, instintivo, sin embargo, que se realiza sin control. Con especial frecuencia se encuentra este intento de recompensa en familias en las que una madre murió al dar a luz a un hijo. Naturalmente, el hijo que sobrevive es inocente de la muerte de la madre. A nadie se le ocurriría pedirle cuentas por ello, pero, a pesar de todo, el conocer su inocencia no le aporta ningún alivio. Como ser social, se sabe integrado en un sistema en el que recibió su vida a costa de la de su madre. No puede evitar, una y otra vez, ver su vida en relación con la muerte de su madre, y nunca consigue deshacerse de la presión de la culpa. Lo que frecuentemente ocurre tras un incidente tan trágico es una dinámica fatal. La situación se interpreta como si el marido, por su impulsividad, hubiera asesinado a la mujer, como si, por decirlo así, la hubiera sacrificado a sus instintos. En realidad, los padres son conscientes del riesgo de la realización del amor y han aceptado conscientemente ese riesgo. Estas fantasías de asesinato también descalifican a las mujeres, representando un delito contra su dignidad. En la configuración de tales constelaciones, las mujeres no expresan ninguna acusación contra el hombre y son plenamente conscientes de su propia dignidad.

La imagen de asesinato, sin embargo, conduce a que hijos varones en generaciones posteriores —y un suceso así aún afecta a muchas generaciones más— lo expíen. Muchas veces, aún nietos y bisnietos se suicidan por la muerte de una mujer, así. Es una forma de recompensa primitiva, antiquísima y ciega: uno desaparece y, en recompensa, otro se va. En cuanto se hace algo en reparación, el respeto se pierde. Algunos renuncian a una relación de pareja y a tener hijos, por ejemplo, haciéndose sacerdotes o casándose con una mujer que ya no puede tener

hijos. Este tipo de muerte en un sistema crea miedo, y por miedo, este hecho frecuentemente se calla. Es la exclusión peor en un sistema y también crea las consecuencias más graves.

Ahora bien, si el hijo que sigue con vida se limita o se suicida, el sacrificio de la mujer fue en vano y encima se le hace responsable de la desgracia del hijo.

La solución consiste en conceder a la mujer un lugar respetado en el sistema, y que el hijo le diga a su madre: «Ya que perdiste tu vida al nacer yo, que no haya sido en vano. Precisamente porque te costó tanto, te demuestro que valió la pena. Acepto la vida por el precio que te costó a ti, y por el precio que me cuesta a mí, y le saco partido, en tu memoria».

Es el mismo amor, pero con otra dirección. Así, la presión de la culpa fatal se convierte en motor y en fuerza para la vida, haciendo posibles actos que otros no lograrían realizar nunca. Aporta reconciliación y paz, permitiendo que el sacrificio de la madre tenga un efecto bueno.

Un ejemplo de un seminario:

Alexis cuenta que su padre ya estuvo casado anteriormente, y que la mujer y el primer hijo murieron juntos en el parto. En la constelación de la familia de origen, ambos hijos y los padres miran en una misma dirección.

Bert Hellinger: Está clarísimo: los padres y los dos hijos miran a la primera mujer y a su hijo. (Introduce a esta madre y a su hijo en la constelación, colocándolos enfrente de los padres y de los hijos. La familia asiente, aliviada.) Esta ya es la solución.

Más adelante, Bert Hellinger coloca al niño y a su madre a la derecha del padre, y a los otros hijos enfrente de ellos; finalmente coloca al hijo muerto, como hermano mayor, a la derecha de los otros dos hijos. Después, empieza a hablar de la enfermedad grave que amenaza la vida del hermano de Alexis.

Bert Hellinger: De la constelación se deduce que la enfermedad de tu hermano posiblemente tenga un significado sistémico y que quizá le ayudaría que se lo contaras. Quizás esté vinculado con el difunto. Y si éste aparece en la imagen, posiblemente él también podría sostenerse.

Hay una parte de la fatalidad que pertenece a mí mismo, por ejemplo una enfermedad hereditaria, una mutilación de guerra, o condiciones difíciles en la infancia. Si me rebelo contra este destino invariable, o me muestro descontento, manteniendo vivas la irritación y la reivindicación, o buscando culpables, o no integrando esta fatalidad en mi vida, entonces este destino tampoco puede desarrollar su fuerza.

Al igual que puedo ser salvado de manera inmerecida y sin intervenir personalmente, es decir, puedo recibir un regalo que otros no reciben, también tengo que asentir si se me exige llevar las consecuencias de algo negativo que ocurrió sin mi culpa. Al Destino no le importan nuestras reivindicaciones, ni tampoco nuestra reparación.

En el caso de una culpa fatal, como única salida me queda el conformarme, la sumisión a un contexto inextricable y sumamente poderoso, sea para mi felicidad o para mi desgracia. La actitud que sirve de base para esta manera de actuar la llamo humildad. Ella me permite tomar mi vida y mi felicidad tal como me vienen dadas y mientras duren, independientemente del precio que otros pagaron por ello. También me permite asentir a un destino duro si me toca a mí. Esta humildad hace cuajar la experiencia de que no soy yo el que determina el Destino, sino que el Destino me determina a mí. También es la respuesta adecuada a la culpa y a la inocencia fatales, poniéndome a un mismo nivel con las víctimas. Me permite honrarlas, no tirando o limitando aquello que recibí «a su costa», sino justamente aceptándolo, a pesar de su alto precio, y transmitiendo parte de ello a otros. La expiación destruye el respeto; y el respeto hace superflua la expiación. La recompensa consiste entonces en que esta conformidad, en mi interior, se convierta en fuente de fuerza. Esta es la recompensa positiva, y siempre actúa para bien.

Un ejemplo:

Un hombre joven, empresario y único representante de un producto en su país, se presenta en un coche deportivo y cuenta sus éxitos. Es obvio que sabe y vale, y tiene un atractivo irresistible. Pero bebe, y su contable le avisa que saca demasiado dinero de la empresa para fines privados, con lo cual pone en peligro el negocio. A pesar de los éxitos logrados hasta el momento, en su interior y de manera casi imper-

ceptible, busca perderlo todo otra vez. Se descubre que su madre echó a su primer marido porque lo tenía por un blandengue. Más adelante, se casó con el padre de este hombre joven, introduciendo al hijo de su primer matrimonio en la nueva relación. Éste ya no pudo ver más a su propio padre y, hasta ese día, no había restablecido el contacto con él. Ni siquiera sabía si aún vivía.

El empresario joven se dio cuenta de que a la larga no se atrevía a tener éxito, porque pensaba que debía su vida a la desgracia de su hermano. Encontró la siguiente solución: en primer lugar, pudo reconocer que el matrimonio de sus padres y su propia vida tenían una relación fatal con la pérdida que tuvieron que sufrir su hermano y el padre de éste. En un segundo lugar, y a pesar de todo, pudo afirmar su propia felicidad, diciéndoles a los demás que también él esperaba ser reconocido con los mismos derechos que los demás y a un mismo nivel con ellos. En un tercer lugar, estaba dispuesto a hacerle un favor especial a su hermano para, de esta manera, reconocer su voluntad de llegar a un equilibrio entre tomar y dar: se propuso encontrar al padre de su hermano y arreglar un reencuentro entre los dos.

Ahora vuelvo otra vez a la dinámica antes mencionada. Contaste que tu madre se volvió depresiva después de nacer tú. En un caso así, la tendencia es que el hijo lo pague.

Manuela: ¿Es algo similar si la madre tiene una depresión posparto?

Bert Hellinger: Sí, puede ser similar, que luego el hijo piense que tenga que pagar por ello. Se siente culpable siempre que la madre sufra un daño en el parto.

Aún tengo otro ejemplo más:

Un participante en un grupo, un hombre de mediana edad, no se lo pasaba nada bien en el grupo. Se comportaba de manera curiosa, aislándose de los demás como si estuviera ausente. Supimos que su madre, en el parto, sufrió una rotura de pelvis. En la constelación de su familia de origen, él se puso totalmente al margen. La madre, sin embargo, estuvo dispuesta a pagar el precio, pero el hijo no pudo aceptarlo porque el precio era tan alto.

Lo que puede hacer el hijo en un caso así es valorar lo ocurrido. Sería decir: «Querida Mamá, tomo mi vida al precio que a ti te costó, y

justo por eso le rindo honor y le saco provecho, para alegría tuya. No habrá sido en vano. Justo porque te costó tanto, te demuestro que valió la pena». De esta manera, también para la madre es realmente una descarga. De lo contrario, es doblemente duro para ella. Si acaba bien, también puede llevar más fácilmente aquello que pasó. Frecuentemente ocurre también que alguien, tras una salvación inesperada, sigue viviendo como muerto, como si ya hubiera terminado con la vida.

Un ejemplo:

En un curso había un tipo simpático, pero la mayoría del tiempo estaba ahí, sentado como si estuviera sin vida. Así pues, hice una regresión con él, y cuando tenía cinco años, se vio a sí mismo echado en la cama: en su hombro había salido una úlcera grande. Los médicos rodeaban la cama con caras de preocupación y en ese momento él se murió interiormente. Más tarde lo operaron y resultó que el tumor era benigno. Él, sin embargo, ya había terminado con su vida y siguió viviendo como muerto.

Lo que corresponde en un caso así es que la persona afectada dé gracias por su salvación, aceptando nuevamente el regalo de la vida y sacándole provecho.

I. COMO RECOMPENSA, UN HIJO DE RESCATE

Con relativa frecuencia ocurre que, en caso de una separación, se entrega a un hijo como recompensa; por ejemplo, que una hija de un segundo matrimonio se vaya al primer marido. Si la madre toma otro marido, hay que pagarlo. Una posibilidad consiste en dejarle la hija al primer marido. De esta manera, el asunto queda liquidado, para decirlo así. Muchas veces se paga también con un hijo si los padres de la mujer no quieren permitirle que se case. En un caso así, la mujer a veces les da a los padres su primer hijo. Nadie sabe por qué, pero es el rescate que paga. Entonces la mujer puede quedarse con su marido. El hijo puede decir: «Lo hago a gusto, pero tú eres mi abuela y ésta es mi madre». Esta dinámica se tratará aún más intensamente en el tema del incesto.

Alexis: Lo que he visto muchas veces en Grecia es que se le entrega un hijo a una hermana rica, casada, pero sin hijos, una hermana que económicamente ayuda a toda la familia.

Bert Hellinger: En un caso así, el hijo tiene que decir: «Lo hago a gusto por todos vosotros». Entonces puede hacerlo, quedando libre, al mismo tiempo, de un eventual reproche.

3. EL ORDEN

La tercera condición básica para conseguir unas relaciones logradas es el orden. Aquí me refiero, en primer lugar, a las reglas que conducen la convivencia de un grupo a cauces fijos. En todas las relaciones duraderas se desarrollan normas, ritos, convicciones y tabúes comunes que, a continuación, adquieren un carácter vinculante para todos. De esta manera, las relaciones se convierten en un sistema con orden y estructura. Estas conveniencias sociales constituyen el orden superficial, es decir, el orden más bien exterior y acordado, que varía ampliamente de un grupo a otro. Detrás de éste actúan órdenes predefinidos que se sustraen a toda posibilidad de acuerdo.

II. LA CONCIENCIA COMO SENTIDO DE EQUILIBRIO EN LAS RELACIONES

Siempre que entramos en una relación, nos vemos dirigidos por un sentido interior, que reacciona automáticamente si hacemos algo que podría dañar o poner en peligro la relación. Es decir, hay como un órgano interno para el comportamiento sistémico, parecido al órgano interno que nos sirve para mantener el equilibrio. En cuanto nos salimos del equilibrio, la sensación de malestar, producida por la caída, nos devuelve al equilibrio. Por lo tanto, el equilibrio se regula por el malestar o el placer. Si nos encontramos en equilibrio, es una sensación agradable, de placer. Si nos salimos del equilibrio, es una sensación de malestar, un malestar que nos indica el límite en el que tenemos que cambiar para que no ocurra ninguna desgracia. Algo similar es válido para sistemas y relaciones.

En relaciones rigen unos órdenes determinados. Si estoy en armonía con ellos y, en consecuencia, puedo permanecer en la relación, me siento inocente y en equilibrio. Si, por lo contrario, nos desviamos de las condiciones que nos permiten conseguir unas relaciones logradas, haciendo peligrar la relación, surgen unas sensaciones de malestar que actúan como un reflejo y nos obligan a volver. Este hecho se experimenta como culpa. A la instancia que controla este proceso, como un órgano de equilibrio, la llamamos conciencia.

Hay que saber que, por regla general, experimentamos tanto la culpa como la inocencia sólo en relaciones. Es decir, la culpa se refiere al otro. Me siento culpable si hago algo que perjudica la relación con otros, e inocente, si hago algo provechoso para la relación con otros. La conciencia nos ata al grupo importante para nuestra supervivencia, independientemente de cuáles sean las condiciones que éste nos imponga. Ella no está por encima de este grupo, ni tampoco por encima de su creencia o de su superstición. Está a su servicio.